

Discurso Legislatura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Personalidad Destacada de la Ciudad de Buenos Aires en el ámbito de la Salud

Como un premio sin discurso no es un premio, redacté algunas líneas para compartir con todos ustedes (no se preocupen no es muy extenso, ni es mi intención aburrirlos y menos dormirlos).

En primer lugar quiero agradecer por el premio que se me otorga; los legisladores porteños de “Vamos Juntos” han sido muy generosos al elegirme para esta distinción. Con José Luis Acevedo, actual presidente de la Comisión de Salud hemos compartido ideales y transitado caminos juntos, aunque no todos pudieron concretarse, valoro mucho su apoyo a mi labor cuando me desempeñé en el Ministerio de Salud.

Este homenaje ha superado todas mis expectativas y no sé si realmente lo merezca. Sin embargo, cuando las cosas vienen, hay que recibirlas con alegría y humildad. Lo recibo con alegría, porque con este premio y la presencia de tantos amigos en el auditorio percibo el cariño que se me dispensa; pero también lo recibo con humildad, pues sé que hay otras personas que lo merecen tanto como yo, no solo por sus pergaminos sino por su trabajo. La palabra «humildad» viene de «humus», del suelo fértil donde brota la vida. «Humanidad» también viene de «humus», pues Adán fue modelado con barro, y por eso somos quebradizos.

Tal vez humildad y humanidad hayan sido lo que encontraron en mi labor diaria para otorgarme esta distinción. Si este premio es por mi trabajo en la Salud Pública y la Educación Médica, quisiera confesarles que era a lo que estaba destinado desde el momento de la concepción, “creo que ya venía en mis cromosomas”. Por supuesto, con ese mandato no alcanzaba, fue necesario sumarle sacrificio, compromiso y renunciaciones, pero seguramente no podría haber tomado otro camino: en la naturaleza del canario está cantar; en la del rosal florecer; y en la mía dedicarme a la Salud Pública y a la docencia. Esta es mi vida, la que transité con mucho esfuerzo y amor.

Los recuerdos y sentimientos que al redactar estas líneas inundaron mi mente fueron múltiples. Algunos vienen de la infancia con el médico del barrio, pediatra que yo miraba y admiraba con asombro, hombre corpulento, con chaqueta blanca que llegaba a casa y luego del ritual de la atención, calmaba la angustia de mi madre ante el temor de la enfermedad. El Dr. Khon (así se llamaba el pediatra) empleaba un lenguaje pausado con voz áspera que aún perdura en mi tímpano. Creo que este pediatra y mis enfermedades fueron la primera imagen que tuve de la práctica médica.

La biología y la anatomía llegaron más tarde de la mano del profesor Viñales en “Mi Escuela”, si mi escuela, el Normal Antonio Mentruyt de Lomas de Zamora. Tantos recuerdos de la escuela en la que transité la educación primaria y secundaria. Mientras que mis dedos generan un sonido mecánico en el teclado de la PC, brotan con naturalidad de mi garganta aquellas estrofas de nuestro himno a la escuela “compañeros sepamos vivir el momento feliz que hoy nos une, que tu mano estreche la mía en un gesto de amor fraternal”.

La llegada a la Universidad fue como un viaje de América a Europa, preguntando donde quedaba la calle Paraguay me encontré con un edificio que me asombró por su fachada, sus aulas, la biblioteca en donde iba a estudiar todos los sábados. Encontré en esos años de la Facultad los saberes para el posterior ejercicio profesional, y también una compañera de estudio, dulce, generosa, con un trajecito gris que resaltaba su figura. No la dejé escapar y estamos juntos desde aquel momento, cuarenta años de casados y tres hijos fueron el producto de estudiar en la biblioteca...

Mi vida profesional se divide entre médico de personas y médico de poblaciones con la docencia complementando siempre el trabajo asistencial. La labor docente ya la había comenzado antes de recibirme de médico, como egresado de una escuela Normal y estudiante de medicina me contratan como profesor de biología en el bachillerato para adultos, allá por 1976. La ameba, el sapo, el conejo y la división celular ocupaban el temario de aquellas clases, pantalones Oxford con rayas y patillas a lo Elvis formaban parte de aquel juvenil docente.

Como médico de personas disfrute de esa relación interhumana, de ese darle la mano al paciente, de percibir que yo formaba parte del esquema terapéutico, alegrías y tristezas que compartí en forma directa con ellos “mis pacientes” y su grupo familiar. Amigos y maestros pasaron por esta etapa, la guardia en el Fernández, el consultorio y la sala de internación en la OSME.

La etapa de médico de poblaciones, de la medicina en Salud Pública, llegó después; el señor sabrá por qué fue así, pero la viví con la misma intensidad, compromiso y alegría que la etapa anterior. En la Cátedra Salud Pública de la UBA, allá en el noveno piso al que se llegaba siempre por escalera porque los ascensores no funcionaban, en donde en invierno los huesos sentían el frío y en verano el calor asaba la dermis, allá en donde la hostilidad ambiental te espantaba, encontré la “casa de la sabiduría”. Aquellos maestros que como imán me atraían, hacían que todo el entorno me pareciera el Edén. Me nutrí de ellos en la Carrera Docente y desarrollé mi vocación como educador durante más de 10 años. La Universidad del Salvador, la UCES y finalmente la UCA me recibieron también como docente de Salud Pública. Siempre digo que los docentes son como los caballitos de la calesita, dan vueltas y vueltas, pero siempre son los mismos.

La gestión en Salud Pública comenzó en la década del 90, primero en el Ministerio de Salud de la Nación, luego en la dirección del Hospital Fernández y finalmente en el Ministerio de Salud de la CABA. La gestión en el Hospital Fernández comenzó en un momento de tranquilidad económica y social del país, fue en los comienzos del 2001, faltaba de todo, pero el equipo que formamos en la dirección tuvo el temple y la vocación de salir de la crisis y así pasamos del naufragio a navegar en aguas tranquilas hasta el 2008. De aquella gestión quedó el programa de cirugía ambulatoria, el área de recuperación posquirúrgica extendiendo la terapia intensiva, la sala de guardia nueva, el tomógrafo propio del hospital, los quirófanos remodelados, la lista es amplia, pero lo más importante que dejamos son los árboles que plantamos en el jardín del Hospital que siguen creciendo y seguramente van a trascender a las personas.

Capítulo final para mi vida laboral en la UCA, llegué a fines de 2002 como docente de la Escuela de Salud Pública. La Facultad de Ciencias Médicas solo tenía carreras de posgrado y ya residíamos en Puerto Madero. El Consejo Directivo de aquel momento comenzó a pensar en la Carrera de grado, aprobada por CONEAU en 2008 ingresó la primera cohorte. No puedo más que agradecer a los directivos de esa época que me propusieron como Director de la Escuela primero y como Decano después. La Carrera de Medicina fue madurando y dando sus frutos, sus primeros egresados, fue adquiriendo prestigio, le siguió la Licenciatura en Enfermería, Odontología, Nutrición y ahora Kinesiología. Fueron años dedicados a esta labor docente sin esperar ningún reconocimiento, la edad de retirarse parecía estar llegando para dejar el camino a las nuevas generaciones que con neuronas más activas y músculos con más energía tomaran la conducción. Era el momento de dedicarle tiempo a los nietos, acompañándolos en su crecimiento y desarrollo; pero nuevamente el Señor decidió que algo inesperado ocurriera, la Comisión Episcopal para la UCA había decidido designar al primer rector laico y allí estaba mi nombre. Espero que me recuerden no solo por ser el primer laico sino además por el producto final de mi gestión.

Según un viejo refrán no importa los pasos que has dado sino las huellas que has dejado, espero haber dejado huellas que otros puedan transitar, que los años no las borren, que queden allí como la vía Apia o la vía Aurelia. Yo me llevo grandes riquezas, el reconocimiento de mis pares, el afecto de mis amigos, el amor de mi esposa, el cariño de mis hijos, la sonrisa de mis nietos y este premio que le da sentido al camino recorrido.

Prof. Dr. Miguel Ángel Schiavone
Rector
Universidad Católica Argentina